

¿Qué es el hombre?

Serie - 5

“Después de la caída”

Virgilio Zaballos

ÍNDICE:

1. A modo de introducción
2. La entrada del pecado en el mundo
3. El dominio del pecado
4. El desarrollo y progresión del pecado
5. El pecado se repite en los hijos
6. Los hijos a imagen y semejanza de los padres
7. El pecado limita la vida del hombre
8. El pecado del hombre trae peso y tristeza a Dios
9. El pecado del hombre atrae el juicio de Dios
10. Donde abunda el pecado sobreabunda la gracia
11. Una generación corrupta no impide andar con Dios
12. El pecado corrompe la tierra y la llena de violencia
13. La corrupción no pasa desapercibida en el cielo
14. La corrupción activa el juicio de Dios
15. La paciencia de Dios duró cien años

1

A modo de introducción

... el pecado yace a la puerta y te codicia, pero tú debes dominarlo (Génesis 4:7)

Una nueva naturaleza pecaminosa vino a formar parte del ser humano, produciendo una alteración dramática en su devenir vital. El pecado no es solo hacer cosas malas, es un poder dominante. Hacer lo malo es la consecuencia de un mal mayor: la naturaleza de pecado. Este término teológico, tan denostado y olvidado en la sociedad postmoderna, irrumpió en el hombre desde el principio. La naturaleza rebelde y soberbia del ángel caído se había trasplantado al mismo corazón del hombre, vino a formar parte intrínseca de su ser. Esa realidad produjo el dominio de Satanás sobre el hombre, y este participa ahora de su misma naturaleza. El hombre vino a experimentar una dualidad, una lucha interna que lo mantendrá en esclavitud por cuánto no tiene capacidad para vencer el mal. Una mancha de aceite imparable se ha extendido sobre la naturaleza humana. El hombre ha quedado a merced de un dominio, un poder que le subyuga y le impide hacer lo que desea, lo tiraniza, por cuanto escogió emanciparse del Creador. Una potestad espiritual vino a ocupar el trono de su voluntad. La Biblia lo llama el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que opera en los hijos de desobediencia. La secuencia bíblica muestra que la concepción del primer hijo vino después de la caída. Adán y Eva habían sido expulsados de Edén. Una naturaleza rebelde y llena de concupiscencia se había apoderado de sus deseos. Parece que el deseo sexual de yacer con su mujer cobró una nueva dimensión. La desnudez de la gloria de Dios produjo una mirada distinta que reactivó en ellos el apetito sexual. *Y el hombre conoció a Eva, su mujer, y ella concibió y dio a luz a Caín, y dijo: He adquirido varón con la ayuda del Señor.* Poco más tarde Eva volvió a quedar embarazada. *Después dio a luz a su hermano Abel.* La naturaleza de pecado pronto hizo su aparición en el primer hijo matando a su hermano. El pecado estaba a la puerta de sus acciones y lo codiciaba, dice el texto, pero tú debes dominarlo. Caín no pudo y fue vencido por el mal. La naturaleza del homicida (Juan 8:44) produjo en él las obras de su carácter. El pecado es una naturaleza mala, un cáncer que se extiende rápidamente y lo contamina todo. Lo vemos bien pronto en la manifestación de las obras de Caín, modelo de todos aquellos que eligen matar a sus hermanos. En él vemos la naturaleza del diablo que ha venido a matar, robar y destruir.

La consecuencia de la caída trajo consigo la naturaleza del mal que tomó dominio sobre el hombre de una forma imparable.

La entrada del pecado en el mundo

*Por tanto, tal como **el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron** (Romanos 5:12)*

En una serie anterior de nuestro tema vimos que el mal es pre-adámico, apareció antes de la creación del hombre y la tierra. Vimos la lucha cósmica que tuvo lugar en alguno de los lugares celestiales. El ángel caído fue lleno de iniquidad y su naturaleza transformada en Satanás, el adversario de Dios. El mundo que Dios creó estaba libre de esa naturaleza, por tanto, necesitaba de una puerta de entrada para invadir el ámbito terrenal, donde Dios había puesto al hombre y la mujer. Esa puerta de entrada necesariamente debía ser el hombre, aquel que había recibido el dominio de la tierra para sojuzgarla y trabajarla. Satanás lo sabía, por ello trazó una estrategia para acceder, a través de la mujer, hasta el mismo corazón del «señor», o «mayordomo» que ejercía su autoridad bajo la soberanía de Dios. Si Satanás conseguía engañar al hombre e introducir su misma naturaleza rebelde en él, no solo lo apartaría de Dios, sino que usurparía el dominio que le había sido dado sobre la creación terrenal. Habiendo conseguido engañar a Eva, mediante la astucia de la serpiente, quedaba un paso para acceder a la cabeza de la mujer, el varón, y penetrar así en su dominio. El diablo dio un pequeño rodeo a través de la mujer, pero su estrategia era atrapar al hombre en su red y robarle la autoridad delegada que Dios le había dado sobre la creación. Por eso el apóstol Pablo nos dice que *el pecado entró en el mundo por un hombre*. La responsabilidad fue del hombre. Dios se la demandó. El primer Adán dio entrada al pecado, éste produjo la muerte, que significa separación de Dios, alejados de Dios —la muerte física vendría después como consecuencia irreversible del pecado, y la separación que ya se había producido, es decir, la muerte espiritual fue la primera consecuencia evidente de la caída— y por tanto a merced del dominio del usurpador, Satanás. Así se iniciaba el imperio de la muerte. El pecado se extendió a todos los hombres, (porque todos heredaron la simiente de Adán contaminada ahora con la naturaleza del mal que ya existía en el diablo), porque todos los hombres pecaron. El pecado y la muerte han pasado a todos los hombres. *La paga del pecado es muerte*. Necesitamos al postrer Adán, que ha vencido el pecado y la muerte para poder regresar a la vida de Dios.

El pecado entró en el mundo por un hombre, –somos responsables–, y por el pecado la muerte se extendió a todos los hombres.

El dominio del pecado

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias (Romanos 6:12 RV60)

A menudo los escépticos preguntan ¿qué es el pecado? Las respuestas que se han dado en muchos casos no son convincentes, por otro lado son muy confusas. El mundo religioso ha transmitido la idea de que el pecado es hacer cosas malas, lo cual está muy alejado de lo que la Escritura enseña sobre su naturaleza. El pecado es un dominio, un reino. El pecado produce muerte, es decir, nos introduce en sus dominios, el dominio de la muerte, el imperio de la muerte (Heb. 2:14). El pecado es la entrada a este reino de muerte que está dominado por Satanás, el que tenía el imperio de la muerte y tiraniza por el temor a la muerte a todos los hombres. Por tanto, *el pecado reinó para muerte* (Rom. 5:21). *Por la transgresión de uno solo reinó la muerte* (Ro.5:17). *Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés* (Rom. 5:14). El pecado es un poder que tiraniza al hombre desde su misma concepción, porque lo hereda del primer hombre, está en su misma naturaleza, si es hombre recibe la herencia del hombre. Nacemos bajo el reinado del pecado y la muerte. El que domina este reino nos domina a nosotros. Nacemos muertos en delitos y pecados. Separados de Dios pero unidos a la naturaleza del mal que ejerce su tiranía sobre el hombre y no le deja cumplir el propósito divino. El corazón del hombre está inclinado al mal. No somos malos porque pecamos, si no que pecamos porque somos y nacemos en pecado. El hombre no es bueno por naturaleza y viene a ser malo por las circunstancias externas, si no que es malo por naturaleza y afecta a todas sus circunstancias con esa naturaleza inclinada al mal. Cuando el texto que tenemos arriba nos dice: *no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias*, está hablando a hombres y mujeres redimidos que ahora sí tienen la capacidad de no someterse al pecado porque han sido rescatados del que tenía el poder del pecado, son propiedad de otro, de aquel que los redimió para vivir el tiempo que resta para la gloria de Dios. La naturaleza de pecado ha producido en el hombre muerte, juicio y condenación. *Por la transgresión de aquel uno murieron los muchos* (5:15). *El juicio vino a causa de un solo pecado para condenación* (5:16). *Por la transgresión de uno solo reinó la muerte* (5:17). *Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres* (5:18). *Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores* (5:19). Todo ello nos conduce al reino del pecado para muerte (5:21).

El dominio del pecado ha colocado al hombre en una necesidad vital de recibir liberación a través de la redención.

El desarrollo y progresión del pecado

*Y Caín dijo a su hermano Abel: vayamos al campo. Y aconteció que cuando estaban en el campo, **Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató** (Génesis 4:8)*

El pecado no solo desemboca en muerte física de forma progresiva, sino que también puede acelerarla. La misma naturaleza pecaminosa puede ejercer su poder para manipular los procesos naturales y precipitar antes de tiempo su acción. Dios acotó esa posibilidad con el mandamiento: *no matarás*. El pecado tiene una reacción rápida. Su progreso es muy veloz. Lo vemos muy pronto en el contenido bíblico. El primer hijo de Adán y Eva, que ya nació con la naturaleza de pecado, heredada de sus padres, pronto quedó atrapado en su red y desarrollo. Comenzó en su corazón ofreciendo a Dios una ofensa que no le fue agradable. Está escrito que *sin fe es imposible agradar a Dios*, por tanto debemos concluir que la acción de Caín no estuvo motivada por la fe del corazón. Sin embargo, de su hermano se dice: *Por la fe Abel ofreció a Dios un mejor sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó el testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y por la fe, estando muerto, todavía habla* (Heb. 11:4). Caín no fue movido por amor, sino por envidia. *Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros; no como Caín que era del maligno, y mató a su hermano. ¿Y por qué causa lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas* (1 Jn.3:11,12). Por tanto, en Caín no actuó ni la fe, ni el amor. Aunque tuvo obras, (ofreció su sacrificio), los motivos de su corazón estaban muy lejos de lo que agrada a Dios. También está escrito: *Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida* (Pr.4:23). El corazón de Caín no era bueno porque el pecado se había desarrollado de una forma rápida en él. La pregunta es ¿por qué no ocurrió lo mismo en la vida de Abel? Dios le dijo a Caín: *... el pecado yace a la puerta y te codicia, pero tú debes dominarlo* (Gn.4:7). La única manera de dominarlo es vivir cerca de Dios, andar con Dios, buscar a Dios. Caín no lo hizo, Abel sí, por ello el pecado encontró una avenida amplia en el corazón del primer hijo de Adán y Eva para dar expresión a la voluntad de aquel que *ha venido a matar, robar y destruir* (Jn.10:10).

El pecado encontrará vías amplias para acelerar su progresión en el corazón del hombre que no teme a Dios.

El pecado se repite en los hijos

*Y Lamec dijo a sus mujeres: Ada y Zila, oíd mi voz; mujeres de Lamec, prestad oído a mis palabras, pues **he dado muerte a un hombre por haberme herido, y a un muchacho por haberme pegado** (Génesis 4:23 LBLA)*

El pecado tiene la capacidad de perpetuarse. Los padres transmiten su herencia de pecado sobre los hijos. El apóstol Pablo nos dice que el pecado entró en el mundo por un hombre y el pecado pasó a todos los hombres, por cuánto todos pecaron. Hemos heredado la naturaleza de pecado. Ahora bien, el pecado tiene muchas ramificaciones y diversas manifestaciones. No en todos los hombres se manifiesta de la misma manera aunque la matriz sea la misma. En unas familias o naciones el pecado toma forma predominante de avaricia, en otras de mentira, en otras de ejercer dominio sobre los demás, y en otras de violencia. La simiente homicida de Caín había pasado a la quinta generación de sus descendientes. Esto es lo que vemos en el texto que nos ocupa. Caín tuvo un hijo que llamó Enoc, éste engendró a Irad, de quién nació Mehujael, luego fue engendrado Metusael y Metusael engendró a Lamec (Gn.4:17-19). Este Lamec —porque hay en la genealogía de Adán y su descendencia a través de Set otro Lamec que fue el padre de Noé— tomó para sí dos mujeres (Gn.4:19), delante de quienes fanfarroneó diciendo que había matado a dos hombres. Uno porque le había herido y al otro por haberle pegado. Era un hombre vengativo, lleno de violencia y que reprodujo el pecado de su padre Caín. Está escrito que hay una vana manera de vivir que hemos heredado de nuestros padres (1 Pedro 1:18). También se escribió que Dios visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación (Éxodo 20:5). Algunas manifestaciones concretas de pecado pueden ser traspasadas a los hijos. Lo vemos hoy trágicamente en padres violentos que reproducen el daño en sus propios hogares. Padres adúlteros que perpetúan el adulterio y los divorcios en algunos de sus hijos. Padres alcohólicos y drogadictos que transmiten ese pecado a los suyos. Pero también está escrito que un día, los días del Nuevo Pacto, cada uno pagará por su propio pecado. No se dirá más: *Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera, sino que cada cual morirá por su propia maldad* (Jer.31:29-30). La sangre de Jesús, la sangre del Nuevo Pacto, tiene poder para redimirnos de la vana manera de vivir heredada de nuestros padres.

El pecado en alguna de sus manifestaciones puede repetirse en los hijos, pero el que está en Cristo nueva criatura es, las cosas viejas pasaron.

Los hijos a imagen y semejanza de los padres

Cuando Adán había vivido ciento treinta años, engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y le puso por nombre Set. Y los días de Adán después de haber engendrado a Set fueron ochocientos años, y engendró hijos e hijas. El total de los días que Adán vivió fue de novecientos treinta años y murió (Génesis 5:3-5 LBLA)

Caín había matado a su hermano Abel. El dolor invadió el corazón de Eva y Adán. La primera familia vivió en su seno el drama de la muerte de un hijo antes de tiempo. Entonces Adán conoció otra vez a su mujer y ella dio a luz un nuevo hijo, le puso por nombre Set, porque dijo ella: *Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel*. A Set le nació también un hijo llamado Enós, y en el tiempo de Enós encontramos a los hombres invocando el nombre de Dios por primera vez (Gn. 4:25,26). Dios restituyó a Eva un hijo en lugar de Abel. Lo que la naturaleza de pecado en Caín había destruido, Dios lo restauró con nueva vida. Aquí tenemos dos naturalezas diferenciadas: muerte y vida. El pecado mata; el diablo ha venido a matar; Jesús ha venido para dar vida, nueva vida, la vida de Dios. El nuevo hijo, Set, fue engendrado a semejanza e imagen de su padre. Dios creó a Adán a su imagen y semejanza, sin embargo, una vez introducido el pecado en el mundo, las nuevas generaciones fueron engendradas con la naturaleza caída del hombre. *Adán... engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen*. La edad de los hombres pre-diluvianos alcanzaba casi un milenio. Adán vivió 930 años. Set 912 años. Enós 905 años. Cainán 910 años. Mahalaleel 895 años. Jared 962 años. Enoc 365 años, de ellos, trescientos años vivió con Dios. Enoc anduvo con Dios, y desapareció porque Dios se lo llevó (Gn.5:22-24). En Enoc tenemos el primer hombre que no pasó por el trance de la muerte. Fue transportado a la presencia de Dios sin pasar por el valle de muerte. Matusalén vivió 969 años. Lamec 777 años, padre de Noé. No se nos dice los años que vivió Caín, y su genealogía es contada por otro lado. Todos ellos engendraron hijos e hijas. Vivieron casi mil años cada uno, lo cual da para engendrar muchos hijos e hijas. Después de Noé los años fueron acortados a 120 (Gn.6:3), y más tarde Moisés dice que los años del hombre son 70 y en los más robustos 80 (Sal. 90:10). El pecado acorta la vida del hombre. Y Adán murió. El que había sido creado a imagen y semejanza de Dios, con una vida llena de la gloria de Dios, encontró la muerte a causa del pecado que había engendrado en su seno. La naturaleza de pecado conduce a la muerte.

El pecado se hereda de padres a hijos y conduce a la muerte. Jesús, el Hijo del Hombre, el postrer Adán, nos devuelve la vida eterna de Dios.

El pecado limita la vida del hombre

Y aconteció que cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron para sí mujeres de entre todas las que les gustaban. Entonces el Señor dijo: No contendrá mi Espíritu para siempre con el hombre, porque ciertamente él es carne. Serán, pues, sus días ciento veinte años (Génesis 6:1-3 LBLA)

Este es uno de esos pasajes de la Biblia que gusta a cierto tipo de creyentes, incluso a los incrédulos, para elucubrar con especulaciones acerca de quiénes son los hijos de Dios, si hombres o ángeles. Yo me inclino a pensar que todo el contexto de este pasaje está dirigido a los hombres, hay un juicio a los hombres, por tanto, no veo que los gigantes de la antigüedad tengan que ser el resultado de la unión entre mujeres y ángeles. Dios dijo: *No contendrá mi Espíritu para siempre con el hombre*, y limitó su vida a ciento veinte años. De los casi mil años que habían vivido hasta ahora la limitación fue espectacular. Podemos concluir entonces que el pecado limita y acorta la vida del hombre. Pero no solo de los hombres, también de las sociedades, los pueblos, naciones e imperios. Hay un tiempo cuando el pecado sube delante de Dios de tal forma que le hace intervenir en la tierra. Atrae sus juicios. Esta verdad aparece por toda la Biblia y seguimos ignorándola. Cuando Dios le prometió la tierra de Canaán a Abraham le dijo que tardaría en heredarla, *porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí* (Gn15:16) (Dt.9:5), por tanto, el juicio fue retenido. La historia nos muestra que todos los imperios han sucumbido cuando entran en decadencia. Cuando el pecado se multiplica en la sociedad acaba con el juicio de Dios (Apc.18:4,5). Es la historia de todos los imperios. Ocurrió con el mismísimo templo de Jerusalén. En el texto que nos ocupa estamos en el periodo anterior a los días de Noé. La poligamia se había generalizado. Los hombres vivían seducidos por la hermosura de las mujeres llevándolo al extremo de caer en una vida sexual desenfrenada. El sexo vino a ser la práctica dominante. Se cometieron todo tipo de aberraciones (Ro.1:18-32). Este desenfreno atrajo el juicio de Dios y limitó la vida del ser humano a ciento veinte años. La paciencia de Dios tiene límites. Quiere que los hombres vengan al arrepentimiento, pero si traspasamos los límites de su misericordia y gracia entramos irremediamente en su juicio, somos desechados y podemos entrar en el tiempo cuando no hay lugar para el arrepentimiento. Hoy vivimos de lleno en este peligro.

La atracción del pecado puede ser tan fuerte que ignoremos el juicio de Dios, y esta ignorancia sea la peor temeridad que podamos cometer.

El pecado del hombre trae peso y tristeza a Dios

Y el Señor vio que era mucha la maldad de los hombres en la tierra, y que toda intención de los pensamientos de su corazón era sólo hacer siempre el mal. Y le pesó al Señor haber hecho al hombre en la tierra, y sintió tristeza en su corazón (Génesis 6:5,6 LBLA)

El pecado se desarrolla rápidamente. Cuando los hombres pierden el temor de Dios se adentran con rapidez en una espiral de perversidad que no tiene límites. Puede ser manifestado en una sola persona, también en una familia, en una sociedad, nación o imperio. Hoy vivimos en un mundo globalizado y el pecado corre veloz y sin control por diversas vías. Dios vio la maldad de los hombres, no escapó a sus ojos. Además puede ver la intención de los pensamientos del corazón. No solo cuando las obras se han ejecutado, sino cuando se están engendrando en el interior de la persona, cuando están ocultas a los demás hombres Dios ya las ha visto. Jesús es el que escudriña la mente y el corazón (Apc.2:23). La palabra de Dios tiene el potencial de discernir los pensamientos y las intenciones del corazón El salmista nos dice: *Tú conoces mi sentarme y mi levantarme; desde lejos comprendes mis pensamientos... Aún antes de que haya palabra en mi boca, he aquí, oh Señor, tú ya la sabes toda... Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; es muy elevado, no lo puedo alcanzar (Salmos 139:1-6). El Señor mira desde los cielos; El ve a todos los hijos de los hombres. Desde el lugar de su morada El observa a todos los habitantes de la tierra; El, que modela el corazón de cada uno de ellos; El, que todas las obras de ellos entiende (Salmos 33:13-15).* Sin embargo, los hombres seguimos auto-engañándonos pretendiendo escondernos de Dios. Poner en duda el conocimiento que Dios tiene de nosotros acelera una vida de pecado y desenfreno. Sin embargo, aquellos que viven bajo el temor de Dios, sabiendo que tendrán que dar cuenta a Dios de sus hechos, respetarán a su prójimo, y su nación alejará el justo juicio de Dios. Este texto parece asombrar al mismo Señor. Es sorprendente el aumento de la maldad, la rapidez de su acción y las consecuencias que se derivan de ello. Por eso le pesó en su corazón haber hecho al hombre y sintió tristeza en su corazón. Una sociedad donde la maldad se multiplica, donde las leyes son contrarias a la voluntad de Dios, produce una ausencia de amor verdadero, de respeto a los demás, de honradez en gestionar los bienes públicos, una falta de respeto por la propiedad privada, en definitiva, decadencia y por tanto, dolor, no solo a Dios, sino al mismo hombre.

La maldad acumulada del hombre le derrota en su peor versión y trae peso y tristeza al corazón de Dios.

El pecado del hombre atrae el juicio de Dios

Y el Señor dijo: Borraré de la faz de la tierra al hombre que he creado, desde el hombre hasta el ganado, los reptiles y las aves del cielo, porque me pesa haberlos hecho (Génesis 6:7 LBLA)

Estamos en la sociedad del tiempo de Noé. Por un lado vemos un aumento de la maldad en el hombre; por otro, que el intento de su corazón está inclinado solamente al mal. La manifestación del pecado del hombre le lleva a vivir de una forma que desagradaba a Dios, incluso hasta el aborrecimiento. Dios es santo y el pecado está tan lejos de su naturaleza que le turba y entristece. Los acontecimientos en la tierra no son ajenos a Dios. El cielo percibe el comportamiento de los hombres. La tierra y sus habitantes no caminan solos en medio de un Universo solitario. El pecado del hombre no solo perturba al mismo hombre, sino que afecta a la propia creación y alcanza el lugar de la morada de Dios. Cuando Dios vio que el intento del corazón del hombre era solo hacer el mal, le pesó en su corazón. Precisamente el ser humano que había creado a su imagen y semejanza se había corrompido de tal forma que ahora está pensando en corregirlo mediante un juicio sin precedentes. La maldad tiene un recorrido propio hasta que Dios dice basta. Dios juzga al hombre por su pecado. Le hace responsable. La voluntad del hombre se ha posicionado contra la voluntad de Dios y su carácter, por tanto, el creador emite su juicio para frenar el aumento de la iniquidad. Jesús dijo que los días anteriores a su venida serían como en los días de Noé. *Tal como ocurrió en los días de Noé, así será también en los días del hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos* (Lc.17:26,27). Una sociedad centrada en su propio bienestar material y terrenal vive descuidada, ajena al peligro que conlleva su propia disolución. La riqueza y el bienestar adormecen al hombre en una muerte súbita, en el sueño de muerte que se produce por el frío glacial que le rodea, frío de ausencia de Dios, frío de una vida recta y alejada de la verdad. El materialismo y consumismo nos han introducido en un clima espiritual de permisividad que ha cegado los ojos del entendimiento para que no veamos el peligro que nos acecha. El juicio de Dios está a la puerta, a un paso de que el «arca» se cierre y el hombre quede sin protección. Hoy nos protege la gracia. Hay ocasión para el arrepentimiento. Es día de salvación. Pero el tiempo es corto. No te demores.

El pecado del hombre atrae el justo juicio de Dios, no lo ignoremos.

Donde abunda el pecado sobreabunda la gracia

Mas Noé halló gracia ante los ojos del Señor (Génesis 6:8 LBLA)

La generación de Noé estaba entregada al pecado, a los placeres de la carne y la disolución de una vida desenfrenada. Predominaban las multitudes inclinadas al mal. Su pecado era de tal magnitud que llegó al cielo, y a Dios le pesó haber creado al hombre. Dios quedó entristecido ante la dimensión de la maldad. Por tanto, Él no siempre está contento. El carácter santo de Dios no le permite alegrías cuando su creación más elevada está entregada al vicio. El carácter justo de Dios no tolera la injusticia, el abuso y la iniquidad de unos contra otros. No nos engañemos. Dios no siempre calla de amor. No siempre se regocija sobre ti con cánticos. Dios no puede ser burlado, todo lo que el hombre siembra eso siega. Dios manda a todos los hombres que se arrepientan de su pecado para que puedan entrar en el «*arca*», en la expiación que ha preparado en la cruz del calvario. Hay condiciones, mandamientos, y provisión. La gracia de Dios supera el poder del pecado. La misericordia triunfa sobre el juicio, aunque no tendrá por inocente al culpable. Una sociedad entregada al vicio no pasa desapercibida delante de un Dios justo y santo. Hay gracia. Noé halló gracia ¿por qué? Porque *era un hombre justo, perfecto entre sus contemporáneos; Noé andaba con Dios* (Gn.6:9). La gracia vive en medio de gran pecado. Es posible vivir en una sociedad embriagada de vicio y maldad y andar con Dios. La gracia de Dios en el hombre es más fuerte que el pecado de una sociedad entera. Sublime gracia. Inmensa gracia. Donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. La provisión de Dios para su pueblo que vive rodeado de violencia, enriquecimiento ilegítimo, placeres y bienestar carnal, no es llenarlo de más placeres mundanos, sino colmarlo de su gracia. *¡Bástate mi gracia! Noé halló gracia ante los ojos del Señor*. La gracia que halló Noé fue el resultado de la vista de Dios. El Señor veía su vida en medio de una generación torcida y perversa, y en medio de esa situación resplandecía como un luminar en el mundo que vivía. *He aquí, los ojos del Señor están sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia* (Sal. 33:18 LBLA). La gracia es anterior a la ley, pero se alimenta de las obras de la fe. *Por la fe Noé, siendo advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó un arca para la salvación de su casa, por lo cual condenó al mundo, y llegó a ser heredero de la justicia que es según la fe* (Hebreos 11:7).

La gracia de Dios se ha manifestado para salvación, y nos enseña a renunciar a la impiedad, los deseos mundanos y a vivir en la piedad. Amén.

Una generación corrupta no impide andar con Dios

Noé era un hombre justo, perfecto entre sus contemporáneos; Noé andaba con Dios (Génesis 6:9 LBLA).

El texto bíblico hace una especie de paréntesis entre la mucha maldad de los hombres (Gn.6:5), y una tierra corrompida llena de violencia. En medio nos encontramos un hombre con otro espíritu, otra forma de actuar. Un justo que no se ha dejado corromper por el medio que le rodea, no le afecta la influencia degradante de sus contemporáneos, sino que haya gracia. Noé era un hombre justo, con el carácter del Padre. *Noé andaba con Dios*. La maldad predominaba, los pensamientos de los hombres estaban de continuo inclinados al mal, sin embargo, Dios encuentra un hombre que vive de otra forma. La vida de Noé no pasó desapercibida para Dios, atrajo su atención, el cielo se movió en dirección a Noé. El sexo era la nota predominante, la promiscuidad sexual dominaba aquella generación, sin embargo, Noé, que tenía mujer e hijos, no participó de ese espíritu promiscuo. *Noé andaba con Dios*. A este hombre le llegaban noticias de las formas de vida de sus coetáneos. «Los medios de comunicación» anunciaban una y otra vez la violencia generalizada de aquella generación; la bolsa subía y bajaba; el consumo estaba en su punto más alto, por tanto había trabajo, las «fábricas» producían a pleno rendimiento. Los banquetes proliferaban, había bacanales, fiestas por cualquier excusa (cumpleaños, comuniones, bodas, aniversarios) eran una proyección cotidiana de aquella sociedad desenfrenada en los placeres de la carne. Sin embargo, todo aquello no impidió que *Noé anduviera con Dios*. El entorno corrupto y el mal generalizado no es motivo para caer en la permisividad reinante. El pecado no se enseñoreará de vosotros si vivís bajo la gracia de Dios. Los miembros de nuestro cuerpo no obedecen a la injusticia si andamos en novedad de vida, bajo el régimen del Espíritu. *Noé andaba con Dios* bajo el gobierno del Espíritu. El apóstol dice: *Andar en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne*. Es posible. Daniel vivió en medio de una Babilonia presuntuosa, rica y llena de posibilidades para enriquecerse de forma rápida, pero propuso en su corazón no contaminarse. A ellos la gracia destinada ya les había alcanzado, esa gracia que los profetas anunciaron (1 Pedro 1:10-11), y que ahora se ha manifestado para salvación a todos los hombres. La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo, pero su manifestación ya estuvo presente en los días de Noé.

Podemos andar con Dios en medio de nuestra generación, afirmados en su gracia que nos sustenta y es más fuerte que el pecado predominante.

El pecado corrompe la tierra y la llena de violencia

Y la tierra se había corrompido delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia (Génesis 6:11 LBLA)

El pecado del hombre corrompe la tierra. La tierra no se corrompe por sí misma, sufre los efectos de la acción humana. Hay una conexión evidente entre la moral y la corrupción del medio ambiente. Dios creó la tierra como una habitación para ser habitada por el hombre. En ella puso todo tipo de provisión, con una inmensidad de recursos naturales que el hombre tenía que gestionar y administrar. Pero la falta de integridad trae consigo la perversión de todo lo que se hace. El efecto corrosivo del pecado no se detiene en el hombre, sino que desde la corrupción del ser humano alcanza al medio en el que vive y lo llena de violencia. La violencia engendra muerte antes de tiempo, caos y aflicción. Ese es el escenario en el que el príncipe de la potestad del aire se mueve, por ello está tan interesado en pervertir el corazón del hombre. Todo este proceso se inicia en el epicentro del ser, el corazón, el interior de la persona, por ello la Escritura nos exhorta: *Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida* (Pr. 4:23). La naturaleza de pecado tiene un fin último: engendrar las condiciones de caos, corrupción y violencia para acelerar el reino de muerte y destrucción. Esta es la naturaleza de Satanás. Es homicida desde el principio. Ha venido a matar y destruir. Lo hace a través de los hijos de desobediencia; genera el juicio justo de Dios, porque el hombre es responsable de sus propios actos, tiene voluntad propia aunque esté manipulada y sojuzgada por la ley del pecado que ha invadido su ser. Los juicios de Dios son tiempos de depuración. La tierra misma será libertada de la corrupción y la vanidad a la que fue sometida por la manifestación gloriosa de los hijos de Dios. Una vez más vemos la interrelación entre la creación natural y la creación del hombre. La creación gime y sufre dolores de parto para ser liberada de la corrupción. La sangre derramada de Abel en la tierra levantó una voz que fue oída en el cielo (Heb. 12:24). Sangre derramada por la violencia de un hombre corrompido en su naturaleza interior. Hoy vivimos también la manifestación de ese binomio: corrupción y violencia. Parecen ser hermanas gemelas. Estamos meditando en la generación de Noé, de la que Jesús dijo que sería similar a la que precede a su venida.

Una sociedad corrompida se llena rápidamente de violencia; no seamos tan ligeros a la hora de enjuiciar la moral cristiana que actúa como salero de toda corrupción. Pero si la sal se vuelve insípida...

La corrupción no pasa desapercibida en el cielo

Y miró Dios a la tierra, y he aquí que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra (Génesis 6:12 LBLA)

Cuando dice el texto que Dios miro a la tierra en realidad se entiende que está viendo el modo de actuar de los hombres que la pueblan. La naturaleza humana corrompida emite un olor tan desagradable que llega al cielo. El pecado sube hasta la presencia de Dios. Lo vemos en el caso de los cananeos (Gn.15:16). Lo vemos en los días de Noé. También en las ciudades de Sodoma y Gomorra. *El clamor de Sodoma y Gomorra ciertamente es grande, y su pecado es sumamente grave. Descenderé ahora y veré si han hecho en todo conforme a su clamor, el cual ha llegado hasta mí; y si no, lo sabré* (Gn.18:20-21). Los ángeles enviados por Dios a Sodoma y las ciudades vecinas dieron este informe: *Vamos a destruir este lugar, pues su clamor ha llegado a ser tan grande delante del Señor, que el Señor nos ha enviado a destruirlo* (Gn. 19:13). Cuando el hombre se aparta del propósito de Dios su camino se corrompe rápidamente, se extravía, conduciéndose a su propia destrucción. Dios le dio un propósito al hombre: *Cultivar y cuidar la tierra* (Gn.2:15). Después de la caída ese propósito no cambió (Sal. 104:23), aunque lo haría con trabajo y sudor (Gn. 3:17-19). Debería dejar a su padre y a su madre y unirse a su mujer, ser una cola carne. En lugar de ello, el desarrollo del pecado produjo tal deterioro que trastornó los caminos y la voluntad de Dios para el hombre. Entonces las pasiones carnales le condujeron a la degeneración sexual, la corrupción y la violencia. ¡Cuánta soberbia en el hombre moderno teniendo por anacrónico el mensaje bíblico! No hay nada nuevo debajo del sol. El humanismo predominante busca su propia realización alejado de los principios morales. Contraviene y corrompe el propósito original y luego pretende que el universo le sea favorable. Cuando el hombre pervierte su camino lejos de Dios está poniendo los cimientos para la corrupción en la tierra que deriva en su propia destrucción. Burlar las leyes de Dios no pasa desapercibo al cielo. *Miró Dios a la tierra*. Corromper los principios morales y universales, –la ley natural–, legislando contra la conciencia que Dios ha puesto en el ser humano no es más que acelerar la corrupción y torcer los caminos del hombre.

Hay camino que al hombre le parece recto, pero su final es camino de muerte. Jesús nos devuelve a las sendas antiguas. Él es el camino al Padre.

La corrupción activa el juicio de Dios

Entonces dijo Dios a Noé: He decidido poner fin a toda carne, porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y he aquí, voy a destruirlos juntamente con la tierra. Hazte un arca... (Génesis 6:13,14 LBLA)

El juicio de Dios en los días de Noé no se ha vuelto a repetir nunca más en la historia de la humanidad. Aunque sí tenemos indicaciones de que la forma de vida de la generación de Noé es semejante a la de los días anteriores a la venida del Hijo del Hombre (Lucas 17). Deberíamos preguntarnos cómo era la generación de Noé y que similitudes pudiera tener con la nuestra. Para responder a esta pregunta debemos recordar que otro de los juicios terribles de Dios sobre los hombres fue en las ciudades de Sodoma y Gomorra. Ambas generaciones tienen aspectos comunes, por tanto, meditemos y aprendamos. Uniendo los dos casos, el de los días de Noé y los días de Lot, vemos que hay una secuencia similar en su forma de vida: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y construían hasta el mismo día del juicio. Una vida centrada en sí mismos, orientada a los placeres y el enriquecimiento. A esto hay que añadirle corrupción, violencia, y otros pecados que menciona el profeta Ezequiel como detonantes del juicio sobre Sodoma: *He aquí, esta fue la iniquidad de tu hermana Sodoma: arrogancia, abundancia de pan y completa ociosidad tuvieron ella y sus hijas; pero no ayudaron al pobre ni al necesitado, y se enorgullecieron y cometieron abominaciones delante de mí. Y cuando lo vi las hice desaparecer* (Ezequiel 16:49,50). Si unimos todo ello tenemos demasiadas similitudes con las formas de vida de nuestra propia generación. Una vida hedonista, orientada al enriquecimiento y el lucro personal, egoísta, ociosa, soberbia. La ociosidad produjo todo tipo de pasiones carnales. Cuyo dios era su vientre. Sin interés por los más necesitados. Amadores de sí mismos. Es la lista del carácter de los hombres en los últimos tiempos que menciona Pablo en Timoteo. En definitiva, una sociedad tan parecida a la actual que abrumba. El juicio está a las puertas. El arca ya se ha construido y levantado, fue en el monte Calvario, donde –también de madera, como el arca– se levantó una cruz, y en ella al Hijo de Dios, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, sino que tenga vida eterna, huyendo así de la ira venidera. Jesús es nuestro Noé. La gracia es el arca que está abierta para huir de la destrucción que se avecina. Dios no ha cambiado, es paciente, esperando que vengamos al arrepentimiento y el conocimiento de la verdad.

Cuando los juicios de Dios se acercan los habitantes del mundo aprenden justicia (Isaías 26:9). Es tiempo de buscarle con diligencia.

La paciencia de Dios duró cien años

Y Noé tenía quinientos años, y engendró a Sem, a Cam y a Jafet... Y Noé hizo conforme a todo lo que el Señor le había mandado. Noé tenía seiscientos años cuando el diluvio de las aguas vino sobre la tierra (Génesis 5:32 y 7:5,6 LBLA)

El recorrido del mal, desde la caída del hombre, demuestra con toda nitidez que el desarrollo del pecado se tornó muy veloz. Dios acortó los días de vida de más de novecientos años a ciento veinte, primer juicio. En vista que el intento del corazón del hombre era siempre el mal, tuvo que tomar una medida más drástica. Le pesó en su corazón y tuvo tristeza por el devenir humano, entonces decidió comenzar de nuevo. Halló a Noé, un hombre justo en medio del predominio de la maldad, y le encargó que hiciera un arca porque la tierra iba a ser pasada por agua y destruir todo ser viviente que no estuviera dentro de ella. El proceso parece que vino a durar unos cien años. Desde que Dios le encargó a Noé la construcción del arca, hasta que el arca se cerró, pasaron alrededor de cien años. Un periodo suficiente para ver la madera del arca delante de sus ojos. La locura estaba en que nunca había llovido sobre la faz de la tierra. Siempre hay locura en el mensaje de la cruz. Dios enloquece la sabiduría de los hombres y escoge salvarlos por la predicación del evangelio. Para la generación de Noé el mensaje era creer en el juicio venidero, creer que un día llovería y lo haría de tal forma que todo quedaría anegado en agua, poniendo obras a esa fe entrando en el arca. Sin embargo, no lo hicieron. Y esa misma fe, la que sí tuvo Noé, condenó al mundo. *Por la fe Noé, siendo advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó un arca para la salvación de su casa, por lo cual condenó al mundo, y llegó a ser heredero de la justicia que es según la fe* (Hebreos 11:7). El apóstol Pedro recoge el mismo mensaje para recordarnos que de la misma manera que se burlaron los hombres en los días de Noé, se burlaban en sus propios días y se burlarán en los nuestros. *Pues cuando dicen esto, no se dan cuenta de que los cielos existían desde hace mucho tiempo, y también la tierra, surgida del agua y establecida entre las aguas, por la palabra de Dios, por lo cual el mundo de entonces fue destruido, siendo inundado con agua... El Señor no se retarda en cumplir su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con vosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento* (2 Pedro 3:5-9).

La paciencia de Dios es grande pero limitada en el tiempo. Hoy es día de salvación, el arca está abierta, la invitación hecha, ven a Jesús y se salvo.